
CARITAS IN VERITATE
EN LA ENCRUCIJADA CULTURAL
DE NUESTROS DÍAS

PEDRO PALLARES

SUMARIO: I. *Logos, realidad, palabra, sentido, amor.* II. *La técnica y sus límites.* III. *La Redención y la participación de Dios en la historia.* IV. *Conclusión.*

The New York Times publicó unos días después de la presentación de la Encíclica *Caritas in Veritate* un artículo de su corresponsal en Alemania, Carther Doughery, bajo el título “*Catholicism as Antidote to Turbo-Capitalism*” (*The New York Times*, 11 de julio de 2009). ¿De qué se trata la Encíclica? De la crisis financiera; y ésta es categorizada por el documento pontificio como una crisis ética.

Su mensaje –el de la Encíclica– (...) consiste en que el capitalismo global se ha salido de los cauces morales y que las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana pueden ayudar a arreglar la economía occidental al alentarla a preocuparse más por la justicia por los débiles y por una mayor regulación del mercado.

Si de eso se trata la encíclica, se entiende que Doughery concluya que la Iglesia Católica romana no podrá hacerlo, porque la

Iglesia no es “el mundo”, ni la única respuesta religiosa disponible en el mercado global de las religiones.

¿Realmente se trata de eso la encíclica? ¿Realmente el Catolicismo es el ‘antídoto al turbocapitalismo’? Para responder estas preguntas primero hemos de reformularlas: la Encíclica, ¿realmente se trata “sólo” de eso? ¿*Sólo* quiere discutir tanto un problema ético del sistema financiero mundial como la necesidad de una mayor regulación por parte del Estado? ¿La encíclica se trata *sólo* de reposicionar al catolicismo en el debate mundial?

“La Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer” y no pretende “de ninguna manera mezclarse en la política de los Estados”. No obstante, tiene una misión de verdad que cumplir en todo tiempo y circunstancia en favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación. Sin verdad se cae en una visión empirista y escéptica de la vida, incapaz de elevarse sobre la praxis, porque no está interesada en tomar en consideración los valores –a veces ni siquiera el significado– con los cuales juzgarla y orientarla.¹

Además de que la Iglesia no ofrece soluciones técnicas, también sería impreciso decir que la Encíclica ofrece los valores éticos o religiosos necesarios para resolver el problema económico. La crisis financiera –en su nivel técnico o ético– es sólo síntoma de la crisis de la cultura occidental sobre la que se construye la globalización económica, sus procesos técnicos y los valores éticos que la orientan.

Las categorías sobre las que se construye la cultura occidental han conseguido un desarrollo innegable. Pero ese desarrollo es sólo puede ser parcial. La cultura occidental considera como canon de verdad sólo la realidad que puede ser transformada por la ciencia, y al hombre y su desarrollo como un producto final y necesario de ese proceso.² En resumen, la cultura occidental considera:

¹ *Caritas in Veritate*, n. 9.

² Puede encontrarse un resumen de este diagnóstico la segunda encíclica de Benedicto XVI, *Spe Salvi* nn. 16-27.

el progreso es sobre todo un progreso del dominio creciente de la razón, y esta razón es considerada obviamente un poder del bien y para el bien. El progreso es la superación de todas las dependencias, es progreso hacia la libertad perfecta. (...).³

Y por eso, el problema de la cultura occidental consiste en pensar:

una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo: en efecto, el hombre no es sólo el producto de condiciones económicas y no es posible curarlo sólo desde fuera, creando condiciones económicas favorables.⁴

En *Spe Salvi*, Benedicto XVI ya había invitado a la razón posmoderna a reconocer su grandeza, pero también sus límites en lo que entiende como progreso:

Ante todo hemos de constatar que un progreso acumulativo sólo es posible en lo material.(...) En cambio, en el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral, no existe una posibilidad similar de incremento, por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y tiene que tomar siempre de nuevo sus decisiones. (...) Pero esto significa que: a) El recto estado de las cosas humanas, el bienestar moral del mundo, nunca puede garantizarse solamente a través de estructuras, por muy válidas que éstas sean. Dichas estructuras no sólo son importantes, sino necesarias; sin embargo, no pueden ni deben dejar al margen la libertad del hombre. (...).⁵

En consecuencia,

No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor. Eso es válido incluso en el ámbito puramente intra-

³ *Spe Salvi*, n. 18.

⁴ *Spe Salvi*, n. 20.

⁵ *Spe Salvi*, n. 24.

mundano. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, se trata de un momento de «redención» que da un nuevo sentido a su existencia”.⁶

A continuación comentaré tres ideas que aparecen en la Encíclica *Caritas in Veritate* que tienen que ver con esta encrucijada cultural y como a partir de ahí ofrece luz al problema del desarrollo humano.

I. LOGOS, REALIDAD, PALABRA, SENTIDO, AMOR

El problema de la cultura occidental tiene uno de sus puntos de partida en su canon de verdad. La “verdad” científica es la que la realidad-materia nos presenta; ésta sólo se puede ser conocida a través del método científico y la transformación de la misma a través de la técnica nos “aseguraría” el progreso. En consecuencia, las “verdades” éticas, al carecer de una correspondencia con la realidad, pueden ser descubiertas por el sujeto, pero nunca presentarse como lo hace una verdad científica.

El punto de partida de Benedicto XVI es diferente. La realidad no sólo es materia sin sentido que “está ahí” esperando a ser transformada por la técnica. La verdad es la realidad. La palabra que utiliza el pontífice para referirse a la verdad es *Logos*. Pero una verdad que es “real”. En *Introducción al Cristianismo*, Ratzinger recuerda que “querer establecerla así [la verdad a partir sólo del pensamiento], a base del saber demostrable de la factibilidad, sería el absurdo intento de Münchhaus de querer salir del pantano tirándose de los pelos”.

Es decir, nos hemos acostumbrados a pensar las verdades religiosas o éticas como producto de nuestra razón, no un descubrimiento de la realidad. A lo más que llegamos es a mostrar la coherencia argumentativa de nuestra posición ética frente a sus contrarios. Pero el problema de la persona en el pantano consiste en pensar que su opinión –salir por sí mismo tirándose de los

⁶ *Spe Salvi*, n. 26.

pelos— equivale a lo que realmente sucede. Una cosa es lo que él piense, y otra, lo que realmente sucede. Las verdades religiosas o éticas deben preocuparse no sólo por presentarse con coherencia interna, sino procurar descubrir lo que realmente sucede.

Decir que una persona está en la verdad ética, no puede ser sólo “*su punto de vista*”, pues sería tan absurdo tener una posición que sabemos que es sólo mi posición personal, pero sin un correlativo en la realidad. Ratzinger invita a la cultura occidental a buscar “lo que realmente sucede”, y no sólo posiciones subjetivas éticas. *Logos* es la palabra que Benedicto XVI suele utilizar para referirse a la “realidad” que a la vez es “inteligible”. Es decir, a la verdad.

Pero “*Logos*” no sólo es la palabra que utiliza el Papa para referirse a la realidad; sino también al *sentido* que tiene esa realidad. Para la razón científica, la realidad “sólo está ahí” —responde a la pregunta “¿qué es?”— para ser transformada por la técnica —¿cómo se transforma?— pero sin sentido alguno —¿por qué?—. La realidad forma parte de un *dia-logos* de Dios con el hombre; la existencia de los hombres también es *dialogo* que ha de establecerse entre el hombre con Dios y con los demás hombres.

El cristianismo recuerda que el Dios-Logos es a la vez *Palabra*; y como tal, nos interpela, dialoga, nos involucra. Dios es Palabra y a la vez tiene nombre, y por lo tanto podemos entrar en relación personal con Él. Su palabra no es sólo “informativa” (*informative speech* en inglés), sino operativa (*performative speech*).⁷ Y esto “realmente sucede” no es sólo un buen deseo para llenar nuestras ansias de sentido. Por último, para Benedicto XVI, decir *Logos*, además de *Realidad*, *Sentido* y *Palabra*, implica decir *Amor*:

como he recordado en mi primera Carta encíclica “Dios es caridad” (*Deus caritas est*): *todo proviene de la caridad de Dios, todo adquiere forma por ella, y a ella tiende todo*. La caridad es el don más

⁷ Cfr. Benedict XVI, “*Jesus of Nazareth. From the Baptism in the Jordan to the Transfiguration*”, Doubleday, p. 47.

grande que Dios ha dado a los hombres, es su promesa y nuestra esperanza”.⁸

En consecuencia, la vida en comunidad –la economía incluida– también está afectada por el *Logos*:

*La verdad es “lógos” que crea “diá-logos” y, por tanto, comunicación y comunión. La verdad, rescatando a los hombres de las opiniones y de las sensaciones subjetivas, les permite llegar más allá de las determinaciones culturales e históricas y apreciar el valor y la sustancia de las cosas. La verdad abre y une el intelecto de los seres humanos en el lógos del amor: éste es el anuncio y el testimonio cristiano de la caridad.*⁹

Gracias a la ampliación de lo que implica la “verdad” podemos llegar al menos a tres consecuencias. Primera, si la verdad es “real”, tiene un “sentido”, tiene ciertos valores éticos que deben respetarse, etc., atentar contra ella tiene consecuencias no sólo religiosas o éticas, sino también consecuencias técnicas. Por ejemplo, si parte del origen de la crisis financiera actual tuvo su origen en un problema ético; como consecuencia la economía se vio comprometida al tener ser corregida por los estados con grandes costos económicos y a la vez con una mayor regulación de los mercados.¹⁰ En la Encíclica también se ejemplifica con los problemas económicos que se generarán por la reducción de la natalidad¹¹ o los costos económicos que se generarían si no se cuida del medio ambiente.

⁸ *Caritas in Veritate*, n. 2.

⁹ *Caritas in Veritate*, n. 4.

¹⁰ *Caritas in Veritate*, n. 24.

¹¹ *Cáritas in Veritate*, n. 44. “No es correcto considerar el aumento de población como la primera causa del subdesarrollo, incluso desde el punto de vista económico: baste pensar, por un lado, en la notable disminución de la mortalidad infantil y al aumento de la edad media que se produce en los países económicamente desarrollados y, por otra, en los signos de crisis que se perciben en las sociedades en las que se constata una preocupante disminución de la natalidad. Obviamente, se ha de seguir prestando la debida atención a una procreación responsable que, por lo demás, es una contribución efectiva al desarrollo humano integral. (...) La disminución de

La segunda consecuencia es la siguiente. La verdad de la persona no sólo determina ciertas exigencias éticas que enmarcan las soluciones técnicas –políticas, económicas o científicas– sino que también determina la motivación necesaria para que funcione la economía, la política, la solidaridad, etcétera. Por ejemplo, respecto a la economía, el Pontífice escribe:

En efecto, si el mercado se rige únicamente por el principio de la equivalencia del valor de los bienes que se intercambian, no llega a producir la cohesión social que necesita para su buen funcionamiento. Sin formas internas de solidaridad y de confianza recíproca, el mercado no puede cumplir plenamente su propia función económica. Hoy, precisamente esta confianza ha fallado, y esta pérdida de confianza es algo realmente grave. (...) Al mercado le interesa promover la emancipación, pero no puede lograrlo por sí mismo, porque no puede producir lo que está fuera de su alcance. Ha de sacar fuerzas morales de otras instancias que sean capaces de generarlas.¹²

Y respecto a la vida política, al hablar del Bien Común, su referente no es la instancia técnica a la que llamamos ‘Estado’, sino la comunidad política: la *polis*, un concepto más bien ético, con todas las consecuencias que esto implica.

Desear el bien común y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad. Trabajar por el bien común es cuidar, por un lado, y utilizar, por otro, ese conjunto de instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social, que se

los nacimientos, a veces por debajo del llamado «índice de reemplazo generacional», pone en crisis incluso a los sistemas de asistencia social, aumenta los costos, merma la reserva del ahorro y, consiguientemente, los recursos financieros necesarios para las inversiones, reduce la disponibilidad de trabajadores cualificados y disminuye la reserva de «cerebros» a los que recurrir para las necesidades de la nación. (...) Por eso, se convierte en una necesidad social, e incluso económica, seguir proponiendo a las nuevas generaciones la hermosura de la familia y del matrimonio, su sintonía con las exigencias más profundas del corazón y de la dignidad de la persona.

¹² *Caritas in Veritate*, n. 35.

configura así como *pólis*, como ciudad. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales”.¹³

Esto le permite llegar a la siguiente conclusión:

“Cuando la lógica del mercado y la lógica del Estado se ponen de acuerdo para mantener el monopolio de sus respectivos ámbitos de influencia, se debilita a la larga la solidaridad en las relaciones entre los ciudadanos, la participación, el sentido de pertenencia y el obrar gratuitamente, que no se identifican con el «dar para tener», propio de la lógica de la compraventa, ni con el «dar por deber», propio de la lógica de las intervenciones públicas, que el Estado impone por ley”.¹⁴

En tercer lugar, al considerar la verdad como realidad, sentido, palabra y amor, se está capacitado para el encuentro con la persona y como consecuencia, empeñarse en su ‘verdadero’ desarrollo; no sólo para la creación de soluciones particulares, sino para mantener ese esfuerzo durante el tiempo y hacerlo cristalizar en soluciones institucionales:

Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Éste es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad. Es presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos, una palabra de la que se abusa y que se distorsiona, terminando por significar lo contrario. La verdad libera a la caridad de la estrechez de una emotividad que la priva de contenidos relacionales y sociales, así como de un fideísmo que mutila su horizonte humano y universal.¹⁵

¹³ *Caritas in Veritate*, n. 7.

¹⁴ *Caritas in Veritate*, n. 37.

¹⁵ *Caritas in Veritate*, n. 3.

II. LA TÉCNICA Y SUS LÍMITES

Otro reto que lanza la Encíclica a la posmodernidad tiene que ver con los límites de la técnica para conseguir el desarrollo. La *poiesis* del Estado y del mercado sigue una lógica de lo que se “puede” y del “presente”, pero por sí misma carece de orientación al futuro y sólo genera una limitada fuerza interior en la persona para comprometerse con ella. Ninguna sociedad se construye así; ni tampoco sobrevive así. He aquí tres citas donde se podría sintetizar el argumento de Benedicto XVI:

La técnica permite dominar la materia, reducir los riesgos, ahorrar esfuerzos, mejorar las condiciones de vida.¹⁶

Sin embargo, a lo largo de la historia, se ha creído con frecuencia que la creación de instituciones bastaba para garantizar a la humanidad el ejercicio del derecho al desarrollo. Desafortunadamente, se ha depositado una confianza excesiva en dichas instituciones, casi como si ellas pudieran conseguir el objetivo deseado de manera automática. En realidad, las instituciones por sí solas no bastan, porque el desarrollo humano integral es ante todo vocación y, por tanto, comporta que se asuman libre y solidariamente responsabilidades por parte de todos.¹⁷

El desarrollo de los pueblos es considerado con frecuencia como un problema de ingeniería financiera, de apertura de mercados, de bajadas de impuestos, de inversiones productivas, de reformas institucionales, en definitiva como una cuestión exclusivamente técnica. Sin duda, todos estos ámbitos tienen un papel muy importante, pero deberíamos preguntarnos por qué las decisiones de tipo técnico han funcionado hasta ahora sólo en parte. La causa es mucho más profunda. El desarrollo nunca estará plenamente garantizado por fuerzas que en gran medida son automáticas e

¹⁶ *Caritas in Veritate*, n. 69.

¹⁷ *Caritas in Veritate*, n. 11.

impersonales, ya provengan de las leyes de mercado o de políticas de carácter internacional.¹⁸

Sólo ciertos aspectos de la vida social, de su desarrollo o de la justicia pueden “producirse” y en términos muy limitados. Ningún Estado puede controlar en todo momento que todas las acciones de sus ciudadanos respeten el derecho, el medio ambiente, o que la ley de la producción económica no desplace a los vulnerables. La sociedad humana no puede con recursos *técnicos* producir una solidaridad que es tanto necesaria como ajena a la generación y consolidación de las redes sociales fundamentales para que el Estado y el mercado cumplan sus propios fines.

“Producir” riqueza y justicia sólo con mecanismos técnicos podrá hacer que “suceda” el intercambio de deberes o de riqueza, pero aleja a las personas entre sí, provocando su aislamiento:

Una de las pobreza más hondas que el hombre puede experimentar es la soledad. Ciertamente, también las otras pobreza, incluidas las materiales, nacen del aislamiento, del no ser amados o de la dificultad de amar”.¹⁹

III. LA REDENCIÓN Y LA PARTICIPACIÓN DE DIOS EN LA HISTORIA

En general, para la posmodernidad, la religión es un conjunto de posiciones que comprenden toda la existencia humana: desde sus orígenes, hasta su destino final, pasando por lo cotidiano. La experiencia nos muestra que ese conjunto de sistemas éticos son distintos y deben respetar la existencia del resto en el mercado global de las religiones. Uno de los retos de las sociedades posmodernas es permitir que cada una de esas doctrinas pueda expresarse y vivir en condiciones de igualdad. La razón pública sería injusta si intentara buscar la verdad en alguna de ellas, pues ese es un asunto privado.

¹⁸ *Caritas in Veritate*, n. 71.

¹⁹ *Caritas in Veritate*, n. 53.

El Estado debe agradecer si la religión hace mejores a algunos ciudadanos, al fomentar entre sus miembros el respeto por los demás, el compromiso por los necesitados, etc., pero nunca inclinarse hacia una posición religiosa en lugar de otra. ¿Por qué? Porque la religión, argumenta la posmodernidad, es un asunto de asentimiento personal, pero no contiene una ‘realidad-real’. Es decir, se encuentra al nivel de posición personal –“quiero salir del pantano tirándome de los pelos”–, y está imposibilitada de conocer lo que realmente sucede.

El mensaje cristiano, lo recuerda también Ratzinger, no implica sólo la coherencia interna y con cierta inteligibilidad de las posiciones católicas: ¡lo que dice realmente sucede!

El cristianismo no es una especie de moralismo, un simple sistema ético. Lo primero no es nuestro obrar, nuestra capacidad moral. El cristianismo es ante todo don: Dios se da a nosotros; no da algo, se da a sí mismo.²⁰

Esto no quiere decir que la presencia de Dios en la historia –real y razonable– lleve consigo la obligación de ‘convertir al hereje o al infiel’ con métodos contrarios a la libertad de la persona. La historia nos muestra innegables y penosas escenas en que esto se ha olvidado. En otras palabras, el hombre o la mujer cristianos ofrecen a la sociedad civil en la que viven, los valores humanos necesarios para la vida social de todos –cristianos o no– y a la vez, el mensaje de que Dios toma la existencia del hombre tan en serio –porque lo ama– que la hace suya.

La historia ha demostrado que varias cosas dichas por teólogos en el decurso de la historia, o también llevadas a la práctica por las autoridades eclesiales, eran falsas y hoy nos confunden. Pero, al mismo tiempo, es verdad que la historia de los santos, la historia del humanismo desarrollado sobre la base de la fe cristiana, demuestra la verdad de esta fe en su núcleo esencial, convirtiéndola así también en una instancia para la razón pública. Ciertamente,

²⁰ Benedicto XVI, Homilía de la Misa *In Coena Domini*, 20 de marzo de 2008.

mucho de lo que dicen la teología y la fe sólo se puede hacer propio dentro de la fe y, por tanto, no puede presentarse como exigencia para aquellos a quienes esta fe sigue siendo inaccesible. Al mismo tiempo, sin embargo, es verdad que el mensaje de la fe cristiana nunca es solamente una “*comprehensive religious doctrine*” en el sentido de Rawls, sino una fuerza purificadora para la razón misma, que la ayuda a ser más ella misma. El mensaje cristiano, en virtud de su origen, debería ser siempre un estímulo hacia la verdad y, así, una fuerza contra la presión del poder y de los intereses”.²¹

El cristianismo es defiende unos valores con cierta coherencia; sino que muestra que “realmente sucede” la presencia de Dios en la historia personal de todos los días, convirtiéndose en una fuerza transformadora tanto del corazón humano como de la razón para construir una comunidad auténticamente humana.

*El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano. Solamente un humanismo abierto al Absoluto nos puede guiar en la promoción y realización de formas de vida social y civil –en el ámbito de las estructuras, las instituciones, la cultura y el ethos–, protegiéndonos del riesgo de quedar apresados por las modas del momento. La conciencia del amor indestructible de Dios es la que nos sostiene en el duro y apasionante compromiso por la justicia, por el desarrollo de los pueblos, entre éxitos y fracasos, y en la tarea constante de dar un recto ordenamiento a las realidades humanas. El amor de Dios nos invita a salir de lo que es limitado y no definitivo, nos da valor para trabajar y seguir en busca del bien de todos, aun cuando no se realice inmediatamente, aun cuando lo que consigamos nosotros, las autoridades políticas y los agentes económicos, sea siempre menos de lo que anhelamos. Dios nos da la fuerza para luchar y sufrir por amor al bien común, porque Él es nuestro Todo, nuestra esperanza más grande.*²²

²¹ Tomado del Texto de la conferencia que el Papa Benedicto XVI iba a pronunciar durante su visita a la “Sapienza, Universidad de Roma”, el jueves 17 de enero. Visita cancelada el 15 de enero.

²² *Caritas in Veritate* n. 78.

IV. CONCLUSIÓN

El Catolicismo, ¿es realmente el “antídoto al turbocapitalismo”? Si se considera la religión como lo hace Rawls, Habermas o la posmodernidad, valores éticos que invitan a la solidaridad, quizá sí. Pero la pretensión de la Encíclica no es presentar al Catolicismo como “el” catalizador para equilibrar el deseo desmedido de riqueza y poder en beneficio de todos. Quizá pueda servir para ello.

Caritas in Veritate gira el asunto de cabeza: la presencia real de Dios en la historia transforma la vida real de las personas a favor de un auténtico desarrollo humano; y si la mayoría de los seres humanos no comparten la fe católica, como empíricamente puede comprobarse, el mensaje de la encíclica lejos de generar recelo, ofrece la confianza de haber sido salvados en la esperanza (*Spe Salvi*) pues Dios es Amor (*Deus Caritas est*).

Algo que realmente sucede.

